

## PARA UNA ALBA DE RELIGIONES Y TRADICIONES ESPIRITUALES

Marcelo Barros



En la foto: Marcelo Barros junto a José Ignacio López Vigil

Este encuentro sobre Bolivarianismo y espiritualidad es importante, de un lado para que, juntos, como cristianos de diversas Iglesias y personas de otros caminos espirituales, reconozcamos la espiritualidad inherente al proceso revolucionario bolivariano y del otro, para que nuestras Iglesias y comunidades religiosas sean renovadas por esa cultura amorosa que es el ideal bolivariano que debemos profundizar y actualizar siempre más.

La teología de la liberación trabaja a partir del método ver, juzgar y actuar. Sabemos que ninguna de esas tres etapas son aisladas y una ya entra en el terreno de la otra, pero, en términos metodológicos, es nuestro camino consagrado y les invito a seguirlo, primeramente buscando ver lo que ese proceso bolivariano tiene de verdaderamente espiritual y evangélico, después por que las Iglesias tienen tanta dificultad en aceptar un proceso revolucionario liberador, cuáles son nuestras bases para una teología de la liberación que sea bolivariana y finalmente a que eso nos lleva.

### 1 – La espiritualidad inherente al proceso bolivariano

Hoy en América Latina, un método consagrado de lectura bíblica es lo que busca reconstituir en todas las páginas del libro sagrado una línea que per pasa por los textos y describe un proyecto divino, que los profetas antiguos llaman de “alianza” en Dios, con Dios y con el pueblo oprimido y más tarde los evangelios sinópticos llaman de “reinado

divino". Como es una realidad trascendente, mismo si "viene para ese mundo" (Jesús nos enseña a orar: "Venga para nosotros tu reinado!"), ningún modelo o sistema social lo realiza o es etapa del reino. Al mismo tiempo puede ser si signo y sacramento que indica y apresa la venida del reinado. Esa lectura bíblica militante nos ayuda a descubrir como espiritual toda revolución es signo de la realización del proyecto divino. Para eso, la revolución debe:

- parte de los más empobrecidos.
- valora las culturas oprimidas.
- busca igualar hombres y mujeres.
- crea una nueva comunión con la tierra y la naturaleza.

Esos son valores que hasta los adversarios del actual proceso bolivariano reconocen como elementos característicos de esa revolución que ocurre en Venezuela e inspira otros países en el continente. Nosotros, cristianos, solo podemos alegrarnos en reconocer que los signos de la presencia del Espíritu no están solo en ambientes internos de Iglesias o religiones y si en el mundo donde hay solidaridad y preocupación de justicia.

Para reconocer la espiritualidad del proceso bolivariano, basta apoyarnos en el evangelio. Jesús nos enseñó eso: Bienaventuradas las personas que tienen hambre y sed de justicia – pueden ser religiosos o no – si tienen hambre y sed de justicia- son personas bendecidas, Dios está con ellos (Mt 5, 6). Martin Lutero, el grande reformador de la Iglesia, decía: "Dios prefiere la blasfemia del justo que el aleluya de la persona que comete injusticia". Pero, Jesús ya había dicho: "No son aquellos que dicen Señor, Señor, que entran en el reino de los cielos, sino las personas que hacen la voluntad de mi Padre que está en los cielos" (Mt 7, 21).

## 2. Las Iglesias y los procesos revolucionarios

La dificultad de las Iglesias en reconocer la espiritualidad y hasta la santidad de un proceso revolucionario viene de una larga historia en la cual durante siglos las Iglesias estuvieron ligadas a los poderes monárquicos del mundo. España y Portugal tuvieron sus conquistas bendecidas por los papas y por la Iglesia Católica. Países de colonización inglesa u holandesa pudieron siempre asociar a los conquistadores con los misioneros anglicanos y calvinistas.

Hasta hoy, en países de Europa, la misión cristiana tiene la tentación de ser un brazo no armado de la conquista. Entonces está claro la Iglesia tiene que cambiar de lado o de ángulo de mirada de la historia para percibir que el Espíritu de Dios puede estar junto a los revolucionarios y no a los misioneros conquistadores. En todas las Iglesias, aún vigora una teología que habla de Dios como poder soberano y arbitrario. Explica su revelación como un proyecto que divide la humanidad en creyentes y no creyentes, en fieles e infieles. En la época en que países como Chile, Argentina y Brasil vivían una dictadura sangrienta, muchos obispos y hasta cardenales lamentaban las torturas y el desaparecimiento de prisioneros, pero decían: “Si denunciemos esos males o si rompemos con el gobierno, eso puede afectar los intereses de la santa Iglesia”. Dicen los historiadores más críticos que ese fue el drama del papa Pio XII frente al nazismo. Intentaba ocultar judíos y salvar sus vidas, pero sin afrontar directamente el nazismo para no crearle a los padres y obispos en la Alemana.

Quién estudia en todo el mundo la relación de las Iglesias con la esclavitud y la colonización percibe que lamentablemente la omisión de la inmensa mayoría de los cristianos y pastores frente al crimen de la esclavitud y su participación activa en la violencia de la conquista de la América y del tráfico de negros e indios, *no fueron solo pecados de algunos hijos de la Iglesia*, sino consecuencia lógica de la forma como la Iglesia se hizo un poder imperial, junto a los poderes del mundo y con una forma de hablar de Dios y hacer teología que legitima el poder y la desigualdad. Los latinoamericanos comprometidos con la causa de los pequeños saben quién fue Leónidas Proaño, obispo de Riobamba en

Ecuador, profeta y defensor de los indios. El murió el 31 de agosto de 1988. Ya en la agonía de la muerte, sus últimas palabras fueron: “Me ha venido una idea: ahora percibo que la Iglesia es la única responsable por ese peso que durante siglos, los indios han sufrido. Mi Dios, que dolor, que dolor. Estoy ahora cargando ese peso de siglos”<sup>1</sup>. Esa convicción de Mons. Proaño fue de una minoría profética de misioneros cristianos desde el tiempo de la conquista.

Aún hoy son actuales las palabras del obispo fray Antonio de Montesinos en la Iglesia de Santo Domingos en diciembre de 1511: “Yo soy la voz de Cristo que clama en el desierto de esta isla y es importante que la escuchéis, aún si es dura y áspera. Esta voz es que estáis en pecado mortal y en el vivís y morís por la crueldad que usáis con esas inocentes gentes, los indios. Decid: con qué derecho, con qué justicia los tenéis en tan cruel y horrible servidumbre? Cómo los tenéis tan opresos y fatigados sin darles de comer, sin curarlos de sus enfermedades? Ellos no son personas humanas? No tienen animas racionales? Esto no entendéis? Esto no sentís? Como estáis en tanta profundidad de sueño tan letárgico dormidos?...”<sup>2</sup>. Antonio de Montesinos, Pedro de Córdoba y algunos otros dominicos y frailes fueron fundamentales en la conversión del fray Bartolomé de las Casas, gran precursor de la teología de la liberación y podemos decir que del Bolívarianismo. Según el mismo cuenta más tarde y sus biógrafos reiteran, el debía predicar en la isla de Cuba cuando se vio frente al texto del Eclesiástico: *“No se complace el Altísimo en las ofrendas de los impíos, ni por la muchedumbre de los sacrificios perdona los pecados. Como quién inmola el hijo a la vista de sus padres, ahí es el que ofrece sacrificios a Dios con lo que es robado de los pobres. Es la vida de los pobres el pan que necesitan. Aquel que los quita es un sanguinario. Quién quita a alguno el pan ganado con su sudor, es como el que asesina a*

---

<sup>1</sup> - Cf. PEDRO CASALDÁLIGA, **Quando os dias fazem pensar**, São Paulo, Paulinas, 2007, p.279.

<sup>2</sup> - LAS CASAS, B., **Historia de las Indias**, lib III, cap. IV, en Documentos inéditos para la Historia de España, t. 64, p. 366; citado por JOSÉ MARIA CHACON Y CALVO, **La experiencia del indio**, in ANA CAIRO Y AMAURI GUTIERREZ (organizadores), **El Padre Las Casas y los Cubanos**, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 2011, p. 148 – 149.

*su prójimo” (Eclo 34, 18 ss).* Ese texto bíblico lo hizo darse cuenta de cómo las misiones católicas eran conniventes con la esclavitud. El cambió y llegó a renunciar a su ministerio en el sur de México y volvió a España donde hasta la muerte defendió a los indios.

En el inicio de los años 70, los obispos católicos del nordeste y de la región central de Brasil publicaron documentos que denunciaban la situación del pueblo. Allí decían: “Debemos vencer el capitalismo. Ese es el gran mal, el pecado acumulado, la raíz podrida, el árbol que produce frutos como la pobreza, el hambre, las enfermedades y la muerte. Para vencer eso, es necesario que la propiedad de los medios de producción (fábricas, tierra, comercio y bancos) sean destronados”<sup>3</sup>.

Podemos decir que los procesos bolivarianos siguen ese camino con fidelidad. El 09 de abril de 1978, en una Universidad ibero-americana, monseñor Sergio Méndez Arceo, obispo de Cuernavaca, México, declaró: “El socialismo es más relevante para la construcción de la humanidad del siglo XXI que cualquiera otra idea”. Más tarde, en Cuba, junto a Fidel Castro, el afirmó: “No hay contradicciones entre los propósitos de la fe religiosa y del socialismo. Tenemos que hacer una alianza entre religión y la revolución”<sup>4</sup>.

### 3 – Bases para una teología de la liberación bolivariana.

Nadie puede negar la importancia que tuvo la teología de la liberación en todo nuestro continente, desde finales de los años 60 y principalmente a partir de 1972, hace 40 años. Es una reflexión espiritual, nacida en las bases y profundizada a partir de las experiencias de participación de las comunidades cristianas en los procesos de lucha y liberación ocurridos en el continente. En años recientes, las teologías contextuales fueron se desarrollando como

---

<sup>3</sup> - Cf. SEDOC, VOL 6 (1973- 1974) PP. 993- 1021, citado por MICHAEL LOWY, **A Dimensão Cultural do Capitalismo**, in *Cadernos Fé e Política*, 11 (19940, p. 36.

<sup>4</sup> - Cf. GIULIO CIRARDI, **El Movimiento Subversivo de Jesus en la Sociedad Capitalista**, Madrid, Nueva Utopía, 2002, p. 89 e 93- 94.

teologías indias, teologías afro-descendientes y teologías feministas y ecofeministas.

Hoy esas teologías asumen el pluralismo cultural y religioso no solo como un tema, sino como un nuevo paradigma. El pluralismo es un reto propio de nuestro tiempo y una teología pluralista de la liberación afirma el compromiso de amor solidario de la parte más sana de las Iglesias cristianas y de otras religiones con el nuevo proceso socialista que surge desde las comunidades indígenas y los movimientos populares, en varios países del continente.

Una teología pluralista de la liberación que se quiera bolivariana debe ayudar las comunidades cristianas y de otras tradiciones espirituales a comprender mejor esos nuevos procesos sociales, no solamente a partir de los gobiernos populares, por más revolucionarios que sean, (Chávez, Evo Morales, Correa, etc), sino a partir de las comunidades empobrecidas y populares y como camino espiritual de misión para nosotros. Un día, periodistas preguntaran al obispo Helder Câmara si el apoyaría un gobierno más popular. El respondió: "Apoyo el gobierno que me encuentre en el trabajo con el pueblo oprimido. Si el gobierno sirve efectivamente a las comunidades populares, nosotros nos encontraremos en ese servicio. Son los oprimidos que nos reúnen".

En su gran obra, *El Dios escondido*, el sociólogo marxista Lucien Goldman comparaba –sin asimilar una a la otra– la fe cristiana con la fe socialista. Las dos tienen en común

- el rechazo del individualismo puro, racionalista o empirista
- buscar la superación de la cultura burguesa
- y creer en *valores transindividuales*.
- En lo que respecta al cristianismo, la fe en Dios, con todo lo que esto implica de fe en el ser humano y de valoración de la vida.
- En cuanto al socialismo, se cree en la comunidad humana y en la esperanza de construir el ser humano nuevo.

La apuesta religiosa sería la existencia de Dios; la apuesta socialista, la posibilidad de la liberación social de la humanidad. Ambas

implican una fe fundadora que no es demostrable solamente a nivel de los juicios factuales. Según Goldman, lo que distingue a estas dos formas de fe es el carácter supra histórico de la transcendencia religiosa. La teología de la liberación ha superado esa diferencia. Desde los años 70, insiste en una sola historia y que la transcendencia se realiza acá y desde ahora. Entonces, la unidad entre fe cristiana y socialismo es aún más profunda. En su diario, mi amigo, el obispo Pedro Casaldáliga, escribió: “Yo me relaciono muy bien con los guerrilleros y con los combatientes. Los asocio a los contemplativos y a los piadosos. No logro relacionarme bien con los idólatras creyentes ni con los ateos cuando son idólatras”<sup>5</sup>.

En este encuentro teológico, queremos unirnos a esa caminata y reflexionar sobre la contribución propia de ese proceso a la búsqueda espiritual de las personas que participan en él, así como la responsabilidad de todas las personas y grupos espirituales en la consolidación de este nuevo *socialismo espiritual y ecuménico*, todavía no plenamente formado, pero en gestación avanzada. Como personas que buscan una espiritualidad humana y ecuménica (mujeres y hombres cristianos, personas de diversas religiones y muchas otras que no pertenecen a una religión organizada), queremos, como dice el evangelio, «percibir los signos de los tiempos», sobre todo «escuchar lo que el Espíritu dice a las Iglesias y al mundo» y dar la contribución específica que nos compete para, como decía un poeta, «ayudar a nacer la madrugada y que brille un nuevo día de gracia».

En varios países de América Latina, las comunidades indígenas y afro-descendientes resistieron y continúan firmes ante la opresión y la masacre de más de 500 años. En estos años recientes, los indios y los negros se han organizado y constituido como protagonistas importantes de un nuevo proceso social y político. Es importante valorar esta fuerza de la fe, y no solamente de la fe cristiana, sino de las creencias y espiritualidades ancestrales de estos pueblos. Existen diferentes formas de creer. Puede decirse que en la carta a los romanos, Pablo muestra que

---

<sup>5</sup> - Cf. PEDRO CASALDÁLIGA, *Quando os dias me fazem pensar*, São Paulo, Paulinas, 2007, p. 254.

existe una fe que lleva a la justicia y otro tipo de fe que no conduce a la justicia (Rom 1, 17 ss). Eso puede darse en el cristianismo y en cualquiera otra tradición espiritual.

Toda teología de la liberación parte de la realidad siempre dinámica de la vida. Lo que caracteriza el nuevo bolivarianismo es que, mientras no es aún la realización del socialismo, es si un camino hacía el socialismo. Y hace eso a través de una revolución pacífica y no violenta basada principalmente en la educación. Ese proceso hecho a través de la educación, de la valoración de las culturas autóctonas y de una radicalización de la democracia y del sentido de justicia es un proceso social, político, sino también un camino espiritual de fe y amor solidario. Un tema actual y fundamental para la nueva teología pluralista de la liberación bolivariana es exactamente profundizar como ese proceso no puede ser tomado como etapa del reino de Dios, pero sirve de signo y indicador de la venida del reinado divino. Esa reflexión es urgente porque construye una teología no sobre la iglesia y sus doctrinas, sino sobre el reino y sus mediaciones sociales y políticas (y no las mediaciones religiosas que siempre fueron privilegiadas en la teología).

. Los dogmas y la visión jerárquica de la fe y del ministerio nos han dividido en iglesias y hasta en lo interno de cada iglesia, en movimientos y tendencias diversas. El bolivarianismo puede unirnos en el servicio al pueblo y en el camino de la paz, justicia y defensa de la naturaleza. En el mundo actual, el ALBA es el único de los organismos de integración de países que va más allá del sector meramente comercial. No es solo como un Mercado Común Europeo, o el Nafta norteamericano. Incluye la preocupación cultural y hasta social. Junto al ALBA de los gobiernos, ya existe el Alba de los movimientos sociales. Quién sabe, si a partir de ese encuentro, las comunidades y movimientos eclesiales ligados al Cristianismo de la Liberación puedan constituirse como una especie de ALBA de las confesiones cristianas y pueda abrirse a un Alba de caminos espirituales comprometidos con las mejores causas de la humanidad. Difícilmente las Iglesias oficiales entrarán en eso, pero si las comunidades



eclesiales laicas y populares entran, poco a poco, pueden comprometerlas al menos en el diálogo sobre eso.

Ahora, el reto es lograr que ese proceso bolivariano se consolide. En Bolivia, el gobierno enfrenta muchos problemas. En Paraguay, el golpe parlamentario no fue solo contra el presidente Lugo. Fue también contra esa integración bolivariana. Nosotros, latino-americanos de todos los países, dependemos entonces realmente del resultado de las elecciones de octubre en Venezuela. Si el presidente Chávez gana, el proceso sigue y si se consolida. Si pierde, difícilmente lograremos seguir con CELAC, UNASUL, etc. Para la América Latina, esas elecciones presidenciales de Venezuela tienen un sentido de un verdadero plebiscito que sancionará o no el proceso bolivariano. La teología de la liberación tiene de aprender con la teología de la Iglesia confesante de la época del nazismo a ser confesante, partidaria mismo, sin caer en la sacralización de ningún gobierno ni se constituir como una cristiandad de izquierda.

Si creemos que Dios es amor y comunión, la forma de acercarnos a ese misterio tiene que ser abriéndonos cada día más al amor solidario y a la comunión. Quien cree en Dios, sabe que aventurarse por este camino de liberación es dejarse conducir por el Espíritu que «sopla donde quiere, oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni adónde va» (Jn 3, 8). Como en el siglo IV escribió Agustín: «Dame a alguien que ame y comprenderá lo que digo. Dame a alguien que desee caminar por este desierto, que tenga sed y suspire por la fuente de la vida, muéstrame a esa persona y estoy seguro que me entenderá (san Agustín)<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> AGUSTÍN, *Tratados sobre el evangelio de Juan*, 26, 4, cit. en *Connaissance des Pères de l'Église* 32, dic. 1988 (capa).